

# RINCONES DEL PAIS

POR AGUSTÍN EGURROLA

Acostumbrados a leer las descripciones de otros países y regiones, que indudablemente cuentan con parajes maravillosos, tenemos muchas veces la sensación de que lo nuestro, lo que hemos visto desde pequeños, no tiene ninguna belleza, al menos para ser contada.

Admiramos sin conocerlos y soñamos con visitar lugares que nos entusiasman debido a las creaciones de nuestra imaginación que va moldeando a su antojo maravillosos paisajes, siguiendo las líneas de su ideal, guiada por la descripción donde nos informamos.

Teniendo en cuenta esto yo quisiera presentar un rincón de Vizcaya relativamente poco visitado —principalmente porque se encuentra alejado de las rutas importantes y sobre todo del ferrocarril—: el triángulo comprendido entre la carretera que va de Marquina a Murélagu y el encuentro en Olaeta de las que van de estas localidades a Lequeitio.

Sin poseer, ni mucho menos, las dimensiones del Duranguesado o del macizo del Gorbea, tiene sin embargo la variedad de terrenos y un poco la «planta» de aquéllos.

Cuenta con cuatro cumbres puntuables. De ellas una blanda (de tierra): Itoñomendi, y tres duras (peña caliza): Zapola, Santa Eufemia o Urregaray y Bedartzaundi.

Por la parte Sur, la más conocida y visitada, presenta el aspecto de verdadero monte salvaje, con sus extensos y empinados roquedales y la chaparra vegetación espontánea que en ellos nace.

En el collado que separa Bedartzaundi de Santa Eufemia se celebra la fiesta anual de este nombre, de gran colorido y alegría, a la que acuden romeros desde los más apartados lugares de Vizcaya y también de Guipúzcoa. Todavía no pueden subir los coches de turismo, por lo que conserva el sabor de romería montañera que se pierde automáticamente cuando tiene acceso el elemento motorizado. Bien es verdad que para hablar de auténtico sabor montañero sería menester que no participase en los mismos el baile al son del «jazz-ban», pero esto..., no resultará fácil evitarlo cuando, como en este caso, se trata de una romería multitudinaria.

En la falda Norte del Bedartzaundi empieza la transición de la peña a la tierra, que termina formando las heredades y praderías de Amoroto, magnífica atalaya con vistas al Cantábrico.

Una de las curiosas características de esta región es el elevado número de hondonadas, más o menos grandes, en forma de embudo, que en ella se encuentran. Lástima que no estén llenas de agua, en cuyo caso sería una Suiza en miniatura. A falta de agua hay algunos caseríos situados en el fondo de los tales «embudos», tales como Iturritze, Solua, Axola...

Hay mucha gente que prefiere el monte con dificultades, de terreno quebrado y bravo a los perfiles suaves de cómodo paso. Para éstos cuenta con muchos atractivos el macizo que nos ocupa.

Entre los numerosos rincones de notable belleza que en él se admiran es quizás el más interesante una especie de circo natural que se encuentra más arriba del caserío Gabaro, entre éste y el de Axola. Consiste en un vallecito flanqueado por elevaciones y agujas calcáreas, limitado en ambos extremos por sendas paredes de una verticalidad absoluta. Únicamente a la entrada cuenta con un paso fácil, si bien éste queda defendido por fieras árgomas que ahogan el senderito de acceso. El tal vallecito está cubierto de arbolado. Hay en su parte Oeste una explanadita de fina hierba, con varios vetustos castaños de amplio ramaje y retorcido tronco. En el otro extremo, al fondo de un pequeño declive, se ofrece la espaciosa bóveda de la cueva llamada «Cobaue». Aunque no tiene extensas galerías (al menos conocidas) merece la pena de ser visitada por su amplitud y monumental bóveda, especialmente los días de sol, por la tarde, cuando el astro rey ilumina directamente su entrada, presentando en el interior unos contraluces maravillosos.

Subiendo por un empinado senderito hasta el borde superior de este vallecito, por el lado Sur, nos encontramos con una porción de terreno que recuerda los paisajes desérticos, por la total ausencia de plantas. Tengo entendido que fue el pico minero en busca de plomo el que roturó este trozo de monte. En su parte central, junto a unas cortadas rocas, se encuentra una sima cuya negra boca, de unos 10 por 2 metros, infunde el natural respeto. No se cual será su altura en vertical. Una piedra lanzada a su interior tarda unos diez segundos en parar, después de bajar rebotando por sus paredes. Que yo sepa, no ha sido aún explorada.

El arbolado es vario. Además de las chaparras encinas y otras especies propias de los montes calcáreos, aún quedan pequeños hayedos. El pino «insignis» ocupa la mayor parte de los montes y hay también grandes extensiones de eucaliptus. No vamos a olvidar los pinos cipreses y americanos que en algunos lugares se ofrecen para recreo de la vista y del olfato, así como los grupitos de castaños que, como en el caso del camino que va de Bedartzaundi a Chepechabixe, se encuentran en algunos de los muchos «embudos», formando unos rincones idílicos. Además de éstos, hay, naturalmente, cerezos, manzanos, ciruelos, etc., de los caseríos, que nos tientan con sus apetitosos frutos... en las diversas épocas del año, claro está.

Por las partes altas, en la fina hierba que crece entre los peñascales, pastan, además de las ovejas, ágiles caballos de largo pelaje y ariscas vacas que añaden riqueza de imágenes al bravío paisaje, recordándonos esas postales con motivos alpinos, que tanto gustan.

Aparte de la ascensión siempre interesante, a cualquiera de los picos por la ruta de costumbre, una bonita excursión por estos parajes es la que

sigue: Marquina-Amoroto y vuelta, por este itinerario: saliendo de la señorial villa, «Meca de la pelota», nos encaminamos hacia la campa de Santa Eufemia. De aquí, por un senderito que sube lateralmente, llegamos al espinazo del Bedartzaundi, y tras recrear la vista contemplando la enhiesta mole que dejamos a nuestra espalda, bajamos hacia el caserío Chepechabixe, por un tortuoso caminito cortado entre rocas y flanqueado por toda clase de árboles.

Del mentado caserío bajamos al de Iturritze, y de éste seguimos al de Urdai. En este caserío-venta se reúnen los hombres y mozos de los alrededores a echar su partida y charlar, los domingos, después de Misa; y las mujeres por la tarde, a comentar sus noticias al tiempo que juegan ruidosas partidas de brisca...

Sentados bajo el portalón, paladeamos una estupenda sidra que, además, nos la sirven en una botella cubierta de telarañas, detalle éste que no deja de añadir sabor al contenido, siquiera por la sugestión que ejerce. Al mismo tiempo pensamos el aprecio que tendrá en verano, después de trabajar en las heredades del «embudo» que tenemos al frente, donde el calor debe ser forzosamente agobiador, ya que en él no corre el aire.

Tomando el camino de la izquierda continuamos hacia Solua, a donde bajamos por un ancho camino perfectamente construido. Haciendo un inciso apuntaré que el «nagusi» de este caserío es un hombre extraordinario, un autodidacta cuya inteligencia e innata personalidad merecen capítulo aparte.

Poco antes de llegar a este caserío, hacia el lado de Murélagu, en un bosquecillo de pinos americanos y avellanos nativos, hay una cueva en cuyo interior se encuentra una sima de respetable profundidad, a juzgar por el «sondeo de piedra» que efectuamos. Probablemente estará inexplorada. He ahí una meta más para los aficionados a la espeleología. Hay otras cuevas, pero no presentan interés suficiente para internarse en las mismas.

Tomando de nuevo el camino nos encontramos enseguida con una fuente a la orilla interior del camino, y un centenar de metros más adelante se alza la escuela del barrio Goyerria. En el bonito y bien acondicionado frontón que tiene jugamos un disputado partido, pues encontramos hasta pelota (gracias por la delicadeza, en nombre de cuantos hayan hecho lo que nosotros). Jadeantes todavía, damos cuenta de sendos bocadillos, y volvemos a reanudar la marcha.

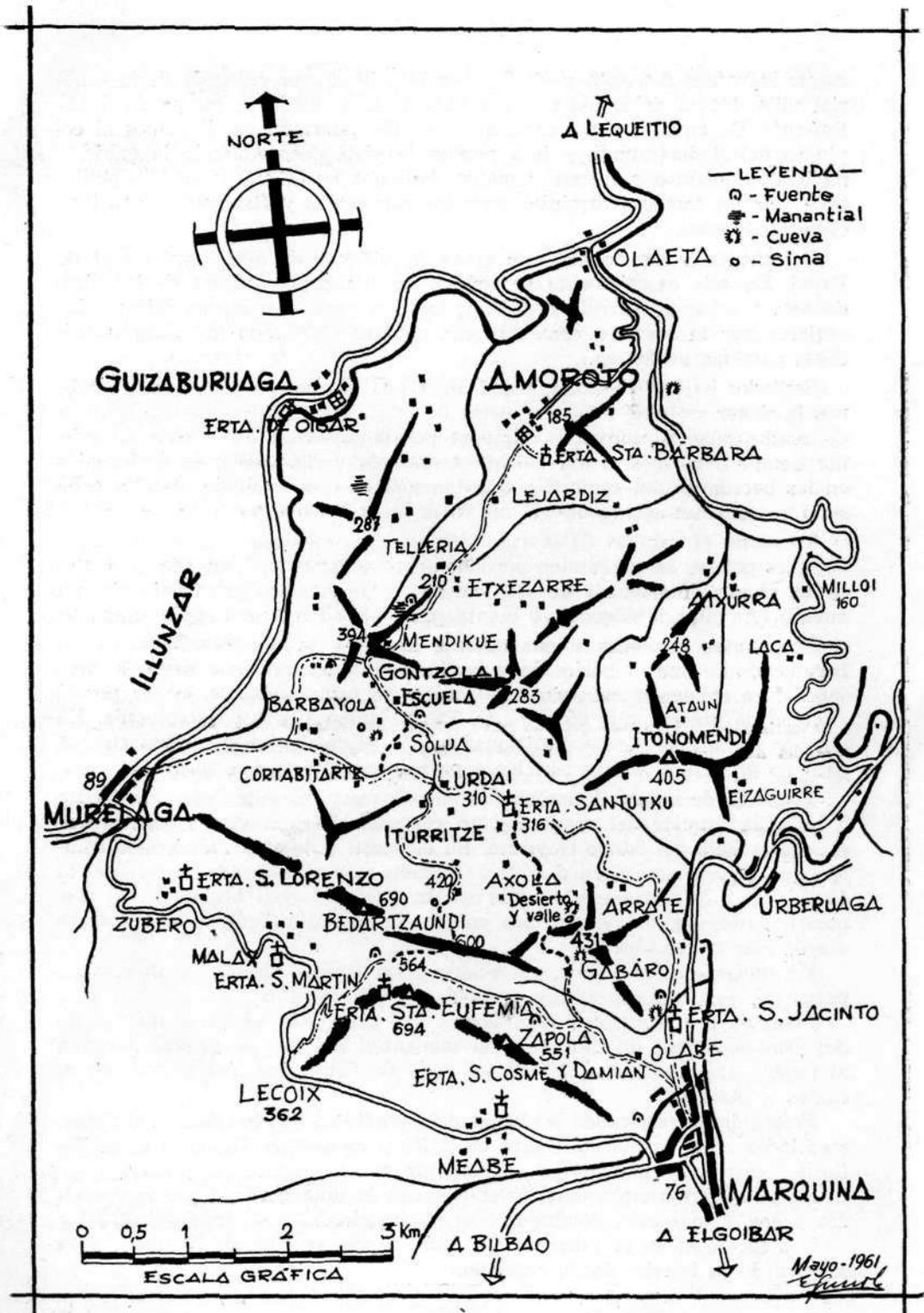
En adelante el camino hasta Amoroto, sin apenas cuestas, es un cómodo paseo por una extensa atalaya cuajada de bucólicos lugares.

Pasamos por Gontzolai, Mendikue... Un poco más adelante, más abajo del camino, vemos una fuente y el manantial del que se provee de agua al pueblo antes citado. Como el sol pega de firme, bajamos y nos refrescamos a placer.

Proseguimos, respirando las brisas del Cantábrico que lo tenemos al fondo, mezcladas con el penetrante olor de pinos y eucaliptus. Dejamos atrás Tellería, Lejardiz, y hétenos ya en Amoroto.

En el bonito frontón unos jóvenes sudan la gota gorda, jugando descalzos y con el pantalón dominguero arremangado.

Nos metemos en la taberna que está en una esquina de la plaza, a la sombra de la iglesia, donde comemos.



Terminado el «rancho» iniciamos el regreso por el mismo camino que a la ida, hasta Gontzolai. Al frente el horizonte queda limitado por el pétreo cresterío del largo Bedartzaundi.

Torcemos a la derecha y descendemos hacia Barbayola. A nuestra derecha el monte se precipita casi en vertical para formar el estrecho valle que se aprieta contra la formidable pared que presenta el Illunzar por este lado.

Al llegar al cruce tomamos para arriba. Pasamos junto a Cortabitarte y Goikoechebarri que están encajonados contra la empinada y rocosa falda del monte.

Unos chavalillos que están retozando al lado del camino interrumpen su juego al vernos. El más atrevido me pregunta, en Euskera claro está, si nos dedicamos a comprar trapos viejos. Al verme con mochila a la espalda ha hecho sus deducciones...

Continuamos ascendiendo suavemente hasta Urdai. Aquí tomamos hacia Santutxu. Se trata de una pequeña ermita, como agazapada buscando protección pegada a la hermosa haya que se yergue a su vera. Con sus paredes encaladas por dentro, sus toscas figuritas, su perfumado hálito de flores silvestres y su rústica pulcritud.

Descendemos ligeramente. Al no haber otros ruidos, el sonsonete de los grillos resuena fuerte por todo el monte.

Dejamos a Axola, metido en su «embudo», a nuestra derecha, y subimos al vallecito descrito antes. Naturalmente entramos en la cueva. Debido a la posición que ocupa el Sol en este momento disfrutamos de la vista de maravillosos contraluces, que para sí los quisieran muchas películas documentales.

Pasamos al «desierto», y tras cumplir con el obligado rito de lanzar unas piedras al interior de la sima para «sentir» su profundidad, iniciamos el descenso hacia la villa. Ya el astro rey está en el ocaso y empieza a notarse el fresco vespertino.

Bajamos haciendo el plan para el próximo domingo. Hoy lo hemos pasado muy bien y, además, tenemos la sensación de haber «descubierto» un paraje digno de ser visitado.